

trabajo en la llanura; algunos se expatrian y van á trabajar lejos.

Los sontales y los maleres son los únicos pueblos primitivos que viven formando nación en el valle del Ganges; pero en todo el valle se encuentran aborígenes que bajo el nombre de *colies* sirven como domésticos, obreros ó empleados inferiores en las administraciones del gobierno. Están algo dispersos por todas partes.

Antes de abandonar el valle del Ganges, haremos notar que todas las ciudades de importancia que encierra, excepto Calcuta, se hallan en la mitad occidental de la cuenca. La región oriental, la que comprende todo Bengala, es exclusivamente agrícola; la población está allí dispersa en pintorescos caseríos situados entre los árboles y no se aglomera en grandes centros como los que se encuentran en la dirección del curso superior del río.

4.º — POBLACIONES DEL PUNJAB

Comprende la cuenca del Indo, cuyas poblaciones vamos ahora á estudiar, tres divisiones: el Pundjab al Norte, el Sindh al Sur y el Rajputana al Este. Están habitadas por pueblos muy distintos.

El Pundjab, que ha sido el gran camino de todas las invasiones de la India, ofrece una población muy mezclada y mucho menos fusionada que la del valle del Ganges. Los elementos ario, turanio y musulmán aparecen allí distintamente. En cuanto al elemento dravidiano ó aborígen, casi ha desaparecido por completo. La religión que allí domina es el islamismo; ha influido sobre los indos bracmánicos mismos, que escandalizan por la tibieza de su fe á sus hermanos del resto de la India.

El núcleo de la población del Pundjab es turanio. Está formada la población principalmente por los jates. Sobre esta ancha base se sobreponen la capa aria, mucho menos considerable, y una exigua minoría mahometana.

Los jates turanios eran probablemente los dueños del país en el momento de la invasión aria, aunque el general Cunningham,

en su *Archeological Survey of India* — una de las fuentes más seguras que pueden consultarse, — quiera ver en ellos indo-escitas venidos al país en una época posterior á la conquista de Alejandro. Lo que no deja lugar á duda es que ese pueblo, turanio primitivo ó indo-escita, no se mezcló gran cosa con los dravidianos, que rechazó á las montañas, ni con los arios, á los que se sometió más tarde. Sobre todo, como que aunque en pequeño número y excepcionalmente se han formado alianzas entre las razas, resulta que entre los jates se hallan tipos muy diversos. Mientras tienen algunos la piel oscura y casi negra, la tienen otros casi tan clara como los rajputes.

Antes de estudiar este grupo, muy notable entre los pueblos de la India, diremos algunas palabras de los arios del Pundjab, que, aunque inferiores por el número, no han dejado de hacer triunfar su influencia y su lengua.

En el Noroeste del Pundjab, cerca de la brecha llamada *puerta aria* de la India, es donde naturalmente se halla el tipo ario más puro. Está allí representado por afghanos iraníes que llevan el nombre de pathanes. Se parecen mucho á los habitantes del Dardistán y del Kafiristán, y no dejan de recordar á los del valle de Cachemira. Son de tinte claro, nariz aguileña, cara oval, los cabellos ordinariamente castaños y algunas veces rubios, los ojos generalmente claros, particularidades muy raras en la India, donde el color oscuro de la cabellera y de las pupilas es la regla general.

A lo largo del Himalaya están establecidos los awanes y los gakkares, que se ha querido hacer remontar hasta los griegos. Este origen es más que dudoso; pero es evidente que ese pueblo es de pura raza aria. Los drogas y algunas otras tribus pertenecen igualmente á la raza conquistadora; en fin, hacia el Sur, los rajputes son bastante numerosos. Dejaremos á un lado por el momento la gran masa de ese último pueblo que ocupa una extensa región á la que ha dado su nombre y que describiremos más adelante.

La parte del Himalaya que domina el Pundjab y los valles

que de ella descienden están ocupados por poblaciones thibetanas que ya hemos descrito. No haremos, pues, sino recordarlas y llegaremos á los jates, el grupo más importante del Pundjab y de todo el valle del Indo.

No obstante la existencia de algunos tipos extremos; resultado de mezclas por otra parte bastante raras, véase cuál es la conformación general de los jates: grandes, proporcionados, la fisonomía inteligente, la piel algo oscura, la nariz larga y remangada, algunas veces también aguileña, los ojos pequeños y horizontales, los pómulos poco salientes, los cabellos negros y abundantes, la barba fina y poco poblada. Sus mujeres son de elevada talla y de bella presencia; avanzan con andar majestuoso y como abrumadas por el peso de los ricos aros que cargan sus tobillos; llevan unas amplias enaguas á pliegues y se envuelven graciosamente la cabeza y las espaldas en un elegante *sari* que algunas repliegan sobre su cara á fin de tajarla.

Forman los jates desde el punto de vista religioso tres grupos: los musulmanes, que dominan en la parte inferior de la cuenca del Indo; los sikhes ó sectarios de Nanak, en el Pundjab; los que han aceptado la religión brahmánica y pertenecen á la casta de los vaisyas, en el Rajputana.

Cuando ese pueblo, que poseía entonces toda la India occidental, se vió atacado por las belicosas hordas de los arios, se sometió probablemente muy pronto y fué bien tratado por los vencedores. Crearon éstos para él una nueva casta, la de los vaisyas, que comprende aún en general en la India la clase media y sobre todo los comerciantes, mientras que la población aborigen fué toda incluida en la casta menospreciada de los sudras.

Así se hizo, sin duda, por una especie de compromiso ó de convenio que estableció desde luego sobre las poblaciones turánicas del Oeste la dominación de los arios. Aún subsisten huellas de tal convención en ciertas ceremonias de coronamiento en que el príncipe rajpute parece recibir el cetro de manos de los jates sus causantes.

Hacia el fin del siglo xv se produjo entre ellos una especie

de reforma religiosa que dió origen á la secta de los sikhes. Éstos, después de haber formado desde luego simplemente un grupo de fieles, no tardaron en resultar un pueblo.

Su profeta Nanak intentó reunir, enlazándolas por sus principios comunes, las religiones de los musulmanes y de los indos, y fundir igualmente las razas, demoliendo las barreras de las castas y proclamando la igualdad de los hombres. Todos los que aceptaron sus doctrinas constituyeron los sikhes ó los «discípulos.» Se los reclutó casi todos entre los jates, pero también se juntaron á ellos arios y elevaron el tipo de la raza. Algo más tarde, los sikhes, habiéndose convertido en un pueblo esencialmente guerrero, mejoraron físicamente, gracias á sus hábitos marciales, y acabaron por formar una admirable raza, tipo de gracia y de fuerza, juntando la nobleza de los rasgos á la vivacidad de la expresión y á la armonía del aspecto y de la estatura. El guerrero sikhe es, en verdad, uno de los más hermosos ejemplares de la raza humana.

Su décimo jefe ó *guru*, Govind Singh, fué quien les dió su organización militar. Nanak les había inspirado una fe elevada y espiritual que reconocía un solo dios; Govind Singh les dió una especie de símbolo material, el acero, el metal con el que se fabrican las cotas de malla y las hojas de las espadas; todo guerrero sikhe, aunque vaya desarmado, debe llevar sobre sí como talismán un objeto cualquiera de acero.

Obedecían los sikhes á un jefe elegido y se reunían en asambleas nacionales para deliberar sobre las cuestiones de importancia. Formaron bien pronto una fuerza temible con la que los soberanos mogoles primero y más tarde los ingleses debieron contar. A principios de este siglo habían establecido en el Pundjab un imperio temible; su jefe Rungit Singh, rey de Lahore, trató de igual á igual con los ingleses é hizo reconocer un rey de su gusto para el trono de Afganistán. Hoy han vuelto á ser los sikhes lo que eran al principio: una secta religiosa, cuya capital y centro espiritual es la importante ciudad de Amritsir.

El amor á la instrucción está entre ellos muy desarrollado;

tienen asociaciones científicas importantes, entre ellas la de Lahore, que cuenta en su seno hombres notables. Las aficiones belicosas, que, sin embargo, no se han extinguido entre los sikhes, hacen de ellos con los gorkhas los mejores soldados de la armada inglesa; los que se han dedicado á la agricultura son los trabajadores más pacientes y más activos de la península. Todo el suelo cultivable del valle del Indo está en manos de esta raza, que representa el grupo agrícola más elevado de la India entera.

Gran número de jates se han dedicado al comercio y lo practican con el genio que les es peculiar. Estos son los comerciantes designados con el nombre de *multanis*, tomado de la villa de Multán, el gran mercado situado entre el Pundjab y el Sindh. Los multanis no son sólo conocidos en la India, sino en todas las ciudades del Asia central, por las cuales viajan y trafican en gran escala. Son los que las llevan las noticias importantes y los rumores de guerra.

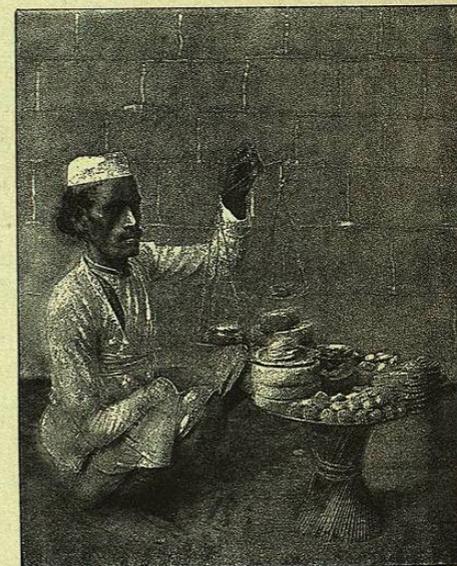
En la India, así en el Pundjab como sobre las márgenes del Ganges ó en el Dekkán, los banqueros, los usureros, los cambistas son marwaris, es decir, jates de Marwar, región que se encuentra al Sur del Pundjab y que forma parte del Rajputana. *Marwari* en la India es sinónimo de judío en las demás comarcas. Estos prestamistas al por menor, que se enriquecen arruinando á los pobres indos apremiados por el fisco, son temidos y odiados en todas partes, y nada puedo hacer mejor, para pintar su característica fisonomía, que tomar algunas frases de un curioso libro escrito recientemente por un indio de Baroda, M. Malabari, sobre las poblaciones del Guzerat. En esta región como en todas las de la India el marwari se instala como dueño, y vuelve, cuando ha hecho su fortuna, á tomar mujer y á acabar sus días al lugar de su nacimiento.

«El marwari, dice M. Malabari, no emprende ningún negocio que no le proporcione un ciento por ciento de beneficio.

»Gusta de las cuentas á largo plazo; presta y presta aún, hasta que un hombre esté completamente en su poder; cuando ya no puede sacar nada de un pobre diablo le decide á robar. Degra-

da á sus víctimas tanto como las arruina, y la mitad de las prostitutas de Bombay son hermanas ó mujeres de desgraciados que comenzaron á conocer al marwari comprándole á crédito una libra de azúcar y que acabaron por su ruina física y moral. Aunque el marwari sea un sectario de Vishnu, no tiene respeto alguno por sus dioses y prefiere al más venerando de todos la menor moneda con la efigie de la reina.»

No todos los jates se dedican á la agricultura, á la usura ó al comercio. Continúan algunos en estado semibárbaro y nómada, pues pueden comprenderse en la misma raza que los cultivadores y los mercaderes del Pundjab, los bandjaris de la India que parecen hermanos de nuestros cíngaros de Europa. Se parece esta tribu del todo á nuestros bohemios, posee la misma belleza salvaje y ejerce los mismos oficios. Va de ciudad en ciudad y de caserío en caserío, campa ó habita en sus carros, negocia en pequeños objetos, canta, baila y dice la buenaventura.



Mercader ambulante de Benarés

5.º — POBLACIONES DEL SINDH Y DEL RAJPUTANA

Si dejando el Pundjab descendemos por el curso del Indo, llegamos á Sindh, donde encontramos en gran número los jates, musulmanes, sikhes ó jainas. El otro elemento principal de la población está formado por los belutchis, pueblo montaños análogo al que habita el Beluchistán, con el cual confina el Sindh.